

24

JONATHAN CRARY

7

*Ariel*

## Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Agradecimientos

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Suzanne*

*Eso o de cada día hacer un espantapája-  
ros,  
barullo y revoltijo de nuestro común mun-  
do.*

W. H. AUDEN

# Capítulo 1

---

Cualquiera que haya vivido en la Costa Oeste de América del Norte sabe perfectamente que, cada año, cientos de especies de pájaros migran hacia el norte y hacia el sur a lo largo de esa franja continental. Una de ellas es el gorrión de corona blanca. En el otoño, su ruta lo lleva desde Alaska hasta el norte de México y luego, en primavera, de regreso al norte. A diferencia de la mayoría de las otras aves, este tipo de gorrión tiene una capacidad muy inusual para permanecer despierto hasta al menos siete días durante la migración. Esta habilidad temporal le permite volar de noche y buscar alimento de día, sin descansar un instante. Durante los últimos cinco años, el Departamento de Defensa de Estados Unidos dedicó grandes sumas de dinero a estudiar estas criaturas. Gracias a los fondos públicos de investigación de varios centros, en especial los de la Universidad de Madison en Wisconsin, han focalizado sus estudios en la actividad cerebral de estas aves durante estos largos períodos de vigilia, con la esperanza de adquirir conocimiento aplicable a los seres humanos. El objetivo es descubrir formas de hacer posible que la gente permanezca sin dormir y, *a la vez*, que funcione de manera productiva y eficiente. El propósito inicial es sencillamente la creación de un soldado insomne, y el proyecto de estudiar al gorrión de corona blanca es solo una pequeña parte de un esfuerzo militar más amplio, dedicado a alcanzar cierto dominio sobre el sueño de los seres humanos. A partir de una iniciativa de la División de Investigación Avanzada del Pentágono (DARPA, en sus siglas en inglés), los científicos llevan adelante, en varios laboratorios, experimentos con técnicas de restricción del sueño que incluyen neuroquímicos, terapia genética y estimulación magnética transcraneal. A corto plazo, lo que se busca es desarrollar métodos para permitir

que un combatiente se mantenga, como mínimo, siete días sin dormir y, a largo plazo, tal vez el doble de ese tiempo, preservando, a su vez, un alto nivel de rendimiento físico y mental. Los medios existentes para producir insomnio siempre han ido acompañados de déficits cognitivos y psíquicos (por ejemplo, disminución del estado de alerta). Fue el caso, por ejemplo, del uso generalizado de anfetaminas en la mayoría de las guerras del siglo xx y, más recientemente, con fármacos como Provigil. El objetivo científico aquí no es el de encontrar formas de estimular la vigilia, sino más bien el de reducir la *necesidad* corporal de dormir.

Durante más de dos décadas, la lógica estratégica de la planificación militar de Estados Unidos se ha dirigido hacia la eliminación de la presencia humana en los circuitos de comando, control y ejecución. Se gastan incontables miles de millones en el desarrollo de robots y otros sistemas de identificación de blanco y ejecución operados a distancia, con resultados que han sido desalentadoramente evidentes en Pakistán, Afganistán y otros lugares. Sin embargo, a pesar de las afirmaciones extravagantes a favor de los nuevos paradigmas de armamento y las constantes referencias de parte de los analistas militares al agente humano como el obstáculo anómalo en operaciones de sistemas avanzados, la necesidad militar de contar con grandes ejércitos humanos no va a disminuir en el futuro cercano. La investigación sobre el insomnio debe entenderse como parte de una búsqueda de soldados cuyas capacidades físicas se aproximarían a las funcionalidades de redes y aparatos no humanos. El complejo científico-militar realiza esfuerzos impresionantes para desarrollar formas de «incremento cognitivo» destinadas a mejorar los varios modos de interacción entre el hombre y la máquina. Al mismo tiempo, los militares también están financiando muchas otras áreas de investigación cerebral, incluyendo el desarrollo de un medicamento contra el miedo. Habrá ocasiones en las que, por ejemplo, no podrá utilizarse un dron con misiles y se

necesitarán escuadrones de la muerte con comandos resistentes al sueño y al miedo para llevar adelante misiones de duración indefinida. Como parte de estos esfuerzos, los gorrones de corona blanca han sido retirados de los ritmos estacionales de la costa del Pacífico para ayudar en la imposición, sobre el cuerpo humano, de un modelo mecánico de duración y eficiencia. Como ha demostrado la historia, las innovaciones relacionadas con la guerra acaban introduciéndose de un modo inevitable en una esfera social más amplia y el soldado insomne resultará el precursor del trabajador o el consumidor insomne. Tras una agresiva campaña publicitaria, los productos para evitar el sueño se convertirían primero en un estilo de vida y, por último, en una necesidad para muchos.

Los supermercados abiertos las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y la infraestructura global montada para facilitar el trabajo y el consumo continuo han estado en vigencia durante algún tiempo, pero ahora es un sujeto humano el que está a punto de coincidir con ellos.

A finales de los noventa, un consorcio espacial ruso-europeo anunció sus planes de construir y poner en órbita satélites que reflejarían la luz solar en la Tierra. El plan consistía en una cadena de muchos satélites en órbita sincronizados con el Sol, a una altitud de 1700 kilómetros, cada uno de ellos equipado con reflectores parabólicos desplegables y hechos de un material fino como el papel. Una vez extendido completamente con sus 200 metros de diámetro, cada satélite espejado tendría la capacidad para iluminar un área de cerca de veinte kilómetros cuadrados sobre la Tierra, con un brillo casi cien veces mayor que el de la luz de la Luna. El objetivo inicial del proyecto era proporcionar iluminación para la explotación de recursos naturales e industriales en zonas geográficas remotas y con largas noches polares en Siberia y el oeste de Rusia, lo que permiti-

ría trabajar al aire libre durante todo el día. Pero luego la compañía amplió sus planes para incluir la posibilidad de suministrar iluminación nocturna en áreas metropolitanas. Argumentando que esto reduciría los costes de energía del alumbrado eléctrico, el lema con el que la compañía lanzó sus servicios era «la luz del día durante toda la noche». La oposición al proyecto surgió de inmediato y desde muchos lugares. Los astrónomos expresaron su consternación debido a las consecuencias sobre la observación espacial desde la Tierra. Los científicos y los ambientalistas declararon que esto tendría efectos fisiológicos perjudiciales tanto para los animales como para los seres humanos, ya que la ausencia de una alternancia regular entre noche y día interrumpiría varios patrones metabólicos, incluido el del sueño. También hubo protestas de grupos culturales y humanitarios, quienes sostenían que el cielo nocturno es un bien común al que toda la humanidad tiene derecho a acceder y que la capacidad de experimentar la oscuridad de la noche y observar las estrellas es un derecho humano básico, que ninguna corporación puede anular. Sin embargo, si este fuera realmente un derecho o un privilegio, ya habría sido violado: más de la mitad de la población mundial vive en ciudades que se han desarrollado de forma ininterrumpida entre la penumbra de las boinas de contaminación y la iluminación de alta intensidad. Los defensores del proyecto, sin embargo, afirmaban que esta tecnología ayudaría a disminuir el uso de la electricidad durante la noche y que la pérdida del cielo nocturno y su oscuridad es un pequeño precio a pagar por la reducción del consumo global de energía. Aunque inviable, es un caso paradigmático del imaginario contemporáneo en el que la necesidad de una iluminación permanente es inseparable de la operación continua de intercambio y circulación global. En su exceso empresarial, el proyecto es una expresión hiperbólica de una intolerancia institucional ante lo que sea que oscurezca o impida una condición de visibilidad instrumentalizada e infinita.

Desde 2001, una de las formas de tortura padecidas por muchas de las víctimas del confinamiento extrajudicial ha sido la privación del sueño. Aunque similar al de cientos de casos no tan bien documentados, las circunstancias que atañen a uno de esos detenidos pasaron a ser de conocimiento público. Mohammed al-Qahtani fue torturado según las especificaciones de lo que ahora se conoce como el «Primer plan especial para interrogatorios» del Pentágono, autorizado por Donald Rumsfeld. Al-Qahtani fue privado del sueño durante la mayor parte del tiempo a lo largo de dos meses, mientras era sometido a interrogatorios que a menudo duraban veinte horas. Fue confinado en pequeños cubículos iluminados con lámparas de alta intensidad, donde era imposible acostarse y en los que se ponía música a todo volumen. Dentro de la inteligencia militar se conoce a estas cárceles como *dark sites* [sitios oscuros], aunque el lugar donde Al-Qahtani fue encarcelado se llamaba *camp bright lights* [campo iluminado]. Esta no es la primera vez que los estadounidenses o sus aliados utilizan la privación del sueño. De hecho, en cierta medida, es engañoso aislar esta práctica. Para Mohammed Al-Qahtani y muchos otros, la falta de sueño era solo una parte de un programa más amplio de palizas, humillaciones, inmovilización prolongada y simulacros de ahogamiento. Muchos de estos «programas» para los presos extrajudiciales fueron diseñados por los psicólogos de los equipos de asesores en ciencia conductista (BSCT, por sus siglas en inglés), con el objeto de explotar lo que habían determinado como vulnerabilidades físicas y emocionales de los individuos.

La privación del sueño como método de tortura se remonta a muchos siglos atrás, pero su uso sistemático coincide con la disponibilidad de ciertos sistemas de iluminación y medios para la amplificación continua del sonido. Usada de forma habitual por la policía de Stalin en los años treinta, esta técnica era la primera parte de lo que los torturadores de la NKVD llamaban «la cinta transportadora», una

secuencia organizada de brutalidades y de violencia inútil que daña irreparablemente a los seres humanos. Tras un breve período, la privación del sueño produce psicosis y tras varias semanas comienza a causar daño neurológico; en el laboratorio, las ratas mueren después de dos o tres semanas de insomnio. La falta de descanso conduce a un estado extremo de indefensión y obediencia, en el que es imposible extraer de la víctima alguna información significativa; una situación en la que se confiesa o inventa cualquier cosa. La negación del sueño es el despojo violento de uno mismo por parte de una fuerza externa, la destrucción calculada de un individuo.

Si bien Estados Unidos ha estado involucrado desde hace mucho tiempo en la práctica de la tortura (de manera directa o a través de sus regímenes clientelares), lo destacable es que a partir del período posterior al once de septiembre ha pasado a ser un tema más de controversia entre tantos otros. Numerosos sondeos de opinión muestran que la mayoría de los estadounidenses aprueba la tortura bajo determinadas circunstancias. El discurso de los principales medios de comunicación rechaza de modo sistemático considerar la privación del sueño como tortura. Se clasifica, más bien, como persuasión psicológica, aceptable para muchos, al igual que la alimentación forzada de los presos en huelga de hambre. Como Jane Mayer descubría en su libro *The dark side*, esta técnica se justificaba de un modo cínico en los documentos del Pentágono, arguyendo que los miembros de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos también deben realizar simulacros de misiones en los que están sin dormir durante dos días.<sup>1</sup> Es importante señalar que el tratamiento de los llamados presos de «alto interés», en Guantánamo y otros lugares, combina formas explícitas de tortura con modos de control total de la experiencia sensorial y perceptiva. Los internos tienen que vivir en celdas sin ventanas que están siempre iluminadas y deben cubrirse ojos y oídos para bloquear la luz y el sonido cada vez

que son escoltados fuera de sus celdas, de manera tal que no les sea posible saber si es de noche o de día, ni tampoco obtener nada que les pueda proporcionar indicios sobre su situación. El régimen de privación perceptual se extiende con frecuencia al contacto diario entre prisioneros y guardias, estando estos últimos completamente cubiertos, incluso con guantes y cascos con visores unidireccionales de plexiglás, de modo que los prisioneros no tengan ninguna relación con una cara humana o un centímetro de piel. Estas son técnicas y procedimientos que conducen a un estado de obediencia abyecta y uno de los niveles en los que esto ocurre es a través de la fabricación de un mundo que excluye cualquier posibilidad de atención, protección o consuelo.

Esta constelación particular de acontecimientos recientes proporciona un punto de vista privilegiado sobre algunas de las múltiples consecuencias de la globalización neoliberal y del largo proceso de modernización de Occidente. No tengo la intención de dar a esta serie ningún significado explicativo especial. Pero creo que constituye una introducción provisional a algunas de las paradojas de la vida incesante en el mundo capitalista del siglo XXI; paradojas que son inseparables de los cambios en las configuraciones del sueño y la vigilia, la iluminación y la oscuridad, la justicia y el terror y, también, en las formas de exposición, desprotección y vulnerabilidad. Se podría objetar que he señalado fenómenos excepcionales o extremos, pero incluso si así fuese, ellos no están dissociados de lo que se ha convertido en tendencias y condiciones normativas en otros lugares. Una de esas condiciones puede ser caracterizada como una inscripción general de la vida humana en una duración sin interrupciones, definida a partir del principio de funcionamiento continuo. Se trata de un tiempo que no pasa, que está más allá del tiempo medible del reloj.

Detrás de la vacuidad del eslogan, 24/7 es una redundancia estática que niega su relación con las texturas rítmicas y periódicas de la vida humana; implica un esquema semanal arbitrario y sin inflexiones, arrancado de cualquier despliegue de experiencia abigarrada o acumulativa. Decir «24/365», por ejemplo, no es lo mismo, ya que introduce la sugerencia poco manejable de una temporalidad prolongada en la que algo podría cambiar, en la que puede darse algún acontecimiento imprevisto. Como he indicado al comienzo, en el mundo desarrollado, muchas instituciones han estado funcionando las 24 horas al día, los 7 días de la semana desde hace décadas. Pero es en época reciente cuando la elaboración y definición de la identidad personal y social de cada uno se ha reorganizado para ajustarse al funcionamiento ininterrumpido de los mercados, de las redes de información y otros sistemas. Un entorno 24/7 tiene la apariencia de un mundo social, pero en realidad es un modelo no social de rendimiento propio de máquinas y una suspensión de la vida que no revela el coste humano que se necesita para mantener su eficacia. Debe distinguirse de lo que Lukács y otros, a principios del siglo xx, identificaron como el tiempo vacío y homogéneo de la modernidad, el tiempo métrico o calendario de las naciones, de las finanzas o de la industria, en el cual las esperanzas o proyectos individuales quedan excluidos. Lo que es nuevo es el abandono radical de la pretensión de que el tiempo se acople a cualquier proyecto a largo plazo, incluso a las fantasías de «progreso» o desarrollo. Un mundo sin sombras, iluminado las 24 horas, los 7 días de la semana es el espejismo capitalista de la poshistoria, del exorcismo de la alteridad, que es motor del cambio histórico.

La temporalidad 24/7 es un tiempo de indiferencia, en el cual la fragilidad de la vida humana es cada vez más inadecuada y el sueño no es necesario ni inevitable. En relación con el trabajo, propone como posible e, incluso, normal, la idea de trabajar sin pausa, sin límites. Está en línea

con lo que es inanimado, inerte o lo que no envejece. Como una exhortación publicitaria, decreta la absoluta disponibilidad y, por tanto, el carácter ininterrumpido de las necesidades y de su incitación, como también su insatisfacción perpetua. La ausencia de restricciones en el consumo no es solo temporal. Estamos mucho más allá de esa era en la que fundamentalmente se acumulaban cosas; ahora nuestros cuerpos e identidades asimilan un exceso en constante expansión de servicios, imágenes, procedimientos y productos químicos, en cantidades tóxicas y a menudo fatales. La supervivencia a largo plazo del individuo siempre es una cuestión menor si la alternativa es admitir –siquiera de forma indirecta– la posibilidad de pausas sin consumo o publicidad. De forma análoga, con su apuesta por el gasto continuo, el interminable derroche necesario para su sustento y la interrupción permanente de los ciclos y estaciones de los cuales depende la integridad ecológica, el 24/7 conlleva la catástrofe ambiental.

En su profunda inutilidad y en su pasividad intrínseca, con las incalculables pérdidas que ocasiona en el tiempo de producción, circulación y consumo, el sueño siempre chocará con las exigencias de un universo 24/7. La enorme porción de nuestra vida que pasamos durmiendo, liberados de una ciénaga de necesidades simuladas, subsiste como una de las grandes afrentas humanas a la voracidad del capitalismo contemporáneo. Se trata de una interrupción sin concesiones al robo de tiempo que sufrimos por parte del capitalismo. La mayoría de las necesidades en apariencia irreductibles de la vida humana –hambre, sed, deseo sexual y, recientemente, amistad– se han reformulado como formas mercantilizadas o financiarizadas. El sueño plantea la idea de una necesidad humana y de una temporalidad que no pueden ser colonizadas y aprovechadas para alimentar el gran motor de la rentabilidad y, por lo tanto, sigue siendo una anomalía incongruente y un lugar de crisis en el presente global. A pesar de toda la investigación científica